

## La libertad de mirar

Por Rubén Cervantes Garrido

Algunos artistas se obcecan en ser los jueces de su propia obra, ante la cual parece que uno nunca pueda estar a solas. En ciertas exposiciones, la lectura de los textos explicativos se convierte en un conjuro que invoca la presencia fantasmal del creador, que a partir de ese momento se convierte en compañero inseparable del espectador, al que vigila para indicarle cómo leer sus pinturas o instalaciones.

Dudo que este sea el caso de Juan Giralt. Reacio a explicarse en público, en uno de sus pocos escritos se adscribía a la estirpe de pintores que prefiere callar ante su propia obra. Como ellos, consideraba que, en el fondo, "las palabras tan solo vienen a sustituir una carencia y son, en ese sentido, demostradoras de un fracaso". Me pregunto qué pensaría Giralt de los miles de aspirantes a artistas a los que se les exige tener el currículum escrito antes de ponerse a trabajar, de la obsesión por un discurso cuyas conclusiones se extraen antes, y no después, de llevar a cabo la obra.

El Juan Giralt que escribía con escepticismo sobre la capacidad de explicar la pintura con palabras era un Giralt que había sufrido las consecuencias de carecer de un discurso propio, o al menos de uno suficientemente atractivo. A lo largo de los años 80 vivió en los márgenes de la escena artística. Aquellos años de efervescencia cultural generalizada en España fueron para él, en palabras de Juan Manuel Bonet, una travesía en el desierto. Dado el escaso interés de crítica y público, para la mayoría fue una sorpresa descubrir al Giralt que emergió al otro lado del desierto. Se trataba de un artista en la cima de su poder creativo que, si bien no recuperó el estatus del que había gozado en sus tiempos de cabeza visible de la Nueva Figuración Madrileña, suscitó la admiración de aquellos que sabían mirar más allá de las modas.

La calidad de la pintura que produjo Giralt en sus aproximadamente últimos quince años de vida volvía irrelevante su adscripción a cualquier tendencia. El espectador atento verá en sus lienzos de los años 90 y 2000 el reflejo de toda una vida de aprendizaje, de una vocación que había tenido clara desde muy joven. Fue un ávido mirón de pintura, algo que una observación atenta de su obra última deja patente. Si atendemos a una escueta pero reveladora lista de referentes que él mismo dejó escrita, entendemos que la riqueza de su pintura responde a una mirada desprejuiciada, sirviéndose de todo aquello que pudiera serle de utilidad: en la superposición de rectángulos como base compositiva se entrevé el arte cerebral de Uccello y Mondrian; en el gusto por el gesto y la densidad matérica que subvierte el orden reticular se asoma Philip Guston; en el componente irónico que a menudo aportan sus papeles pegados puede entenderse su interés por el grabado japonés; su admiración por Velázquez simboliza, quizá, su aspiración de crear una pintura a la vez inteligente y sensual.

Aunque no era un contador de historias, el brillante uso que Giralt hizo del collage a partir de los primeros 90 dota a sus cuadros de inesperadas resonancias narrativas. En medio del juego plástico de las pinceladas, de la estimulante contraposición entre lo recto y lo curvo, los papeles pegados aparecen como fogonazos de realidad que golpean la mirada del espectador. Huérfanos de contexto, los recortes de revistas, de papeles pintados y fotografías de almoneda impregnan el cuadro por entero, llenándolo de connotaciones sorprendentes. Su inserción sobre el lienzo son un *a ver qué pasa* donde Giralt cede temporalmente el control de la obra a estas imágenes azarasas. Las posibles lecturas de estos cuadros son tantas como miradas reciban. Ya

sea en grandes lienzos o modestas tablas, este modo de proceder incide en el papel de la pintura como concentrador radical de significados, metáfora de los complejos mecanismos de la visión y de la memoria.

La obra de Juan Giralt está recorrida por un amor hacia el oficio de la pintura. Por encima de cualquier otra consideración, se consideraba pintor. No es baladí. Un pintor que se declara como tal, por delante de términos más grandes (y más vagos) como *artista* o *creador*, está pidiendo ser evaluado únicamente por los cuadros que pinta. Como él mismo sugería, las palabras no pueden encubrir la falta de talento, y dudo que quisiera ser juzgado en otros términos que no fueran los de sus propios méritos como pintor. En el fondo, esto supone exigirle al crítico un rigor paralelo al suyo. La calidad le importaba a Giralt. Intuyo que preferiría oír que uno de sus cuadros era malo antes que *interesante*.

En un texto lleno de admiración por la vehemente independencia de su padre, Marcos Giralt Torrente se esfuerza por evitar palabras altisonantes como *posteridad* o *autenticidad*. Me atrevo a emplear aquí una palabra más manoseada todavía: libertad. Cuando un artista ha sufrido en primera persona la fragilidad del éxito, comprende que todo el tiempo que se emplea en no pasar de moda es tiempo que deja de emplearse en cultivar las propias cualidades. Elegir guiarse por ellas no es necesariamente el camino más glamuroso, pero sí el más honrado. También el más difícil. La libertad está plagada de renunciaciones: se debe estar dispuesto a no gustar siempre, a contrariar las expectativas de los admiradores, a volver sobre los propios pasos para reconsiderar lo que uno daba por supuesto.

Resulta elocuente que en sus últimos meses de vida, gravemente enfermo, Juan Giralt sacara fuerzas para visitar la gran retrospectiva que el Museo Reina Sofía dedicó a Howard Hodgkin. Pintores de aproximadamente la misma generación, me pregunto si Giralt vería ciertos paralelismos entre ambos, entre la militante independencia que compartieron incluso cuando más cerca estuvieron de quedar apresados por las etiquetas. En la obra última de ambos se intuye la sabiduría del que ha visto mucho y ha pintado mucho, la misma aspiración a concentrar la infinita complejidad del mundo en un espacio comparativamente minúsculo. Esta vocación, condenada a quedar siempre insatisfecha, modera paulatinamente las prisas lógicas de la juventud, volviendo al artista cada vez más consciente de que la única meta es el siguiente cuadro. En el caso de Giralt, resulta inevitable pensar que le quedaron demasiados cuadros por pintar.

Juan Giralt no fue el primer artista moderno, ni será el último, en recordarnos que la pintura es un acto eminentemente visual y que, si bien las palabras pueden complementarla, su exceso puede producir impotencia visual. Más allá de sus logros estéticos, hay que agradecerle su humilde paso a un lado para no interponerse entre la obra y el espectador, concediéndole a éste la libertad sin la cual la celebrada libertad del artista queda irremediabilmente cercenada.